

**De la necesidad de una actitud de desasimiento de sí mismo en la vida interior para  
cooperar con el llamado a la santidad**

Freddy R. Tejedor G.

Facultad de Filosofía y Ciencias Humanas

Universidad de La Sabana

MAESTRÍA EN TEOLOGÍA: Propuesta de artículo publicable para optar al grado de

Magister en Teología

Presentado a: Padre Euclides Eslava

Asesora: María José Jaramillo Gómez

2023

## Introducción

La búsqueda de la santidad es un tema recurrente en la vida cristiana. A través de la lucha ascética, se adquieren virtudes humanas y sobrenaturales que nos acercan a Dios. Sin embargo, este deseo de santidad no debe reducirse a una apropiación de las virtudes, sino que debe estar caracterizado por un abandono confiado en las manos de Dios a través de la contemplación. En este documento, se explora la necesidad del desasimiento en la vida espiritual para cooperar con la gracia de Dios. Se destaca que Dios llama a todos sus hijos a la santidad y que la Iglesia proporciona las herramientas necesarias para emprender ese camino mientras Dios santifica el alma humana que está dispuesta a unirse con Él. La búsqueda de la santidad es un acto de la voluntad del creyente que implica un proceso de transformación interior que conduce a una reconfiguración según la imagen de Cristo y la voluntad de Dios. La búsqueda de la santidad es el objetivo final de la vida cristiana y es la condición necesaria para estar en la presencia de Dios y participar en su vida divina.

Es importante en la espiritualidad cristiana, discutir un poco más sobre el concepto de desasimiento de sí mismo, ya que implica dejar ir los apegos materiales y emocionales para unirse más estrechamente a Dios mediante la oración. La actitud de desasimiento lleva a la aceptación de todo lo que proviene de Dios y a buscar a Dios con un vivo anhelo de perfección y una total renuncia de sí mismo.

En relación con el Padre, la criatura depende en su existencia de su creador y es buena ante sus ojos. La acción de Dios en la creación tiene múltiples implicaciones, incluyendo que Él pone un propósito en todas las cosas que crea y que ama todo lo que crea: la perfección.

La finalidad última de los seres humanos es unirse con Dios a través del amor y la entrega, y esto requiere un constante desasimiento de sí mismo y una confianza plena en

Dios. La aceptación y entrega del dolor según el ejemplo de Jesucristo es un aspecto clave de la entrega de sí mismo y una forma de experimentar la misericordia de Dios.

Finalmente, en la medida en que el hombre se identifique con el Espíritu Santo como donación en sí misma, con el Don de Dios, está dejando de asirse a sí mismo para buscar su verdadera identidad como “alguien” y no como “algo” que proviene de Dios quien es el origen único y verdadero.

**Por la santidad de la Iglesia, todos sus hijos están llamados a la misma santidad**

En el marco general de la vida cristiana, ¿cómo puede cada fiel identificarse mejor con las enseñanzas de la Iglesia y con Dios?

La santidad de Dios es una característica que lo distingue de su creación y del ser humano, quien está herido por el pecado, lo que ha hecho que pierda su unión y lo separa de Dios. A través de la obra de Jesucristo en la cruz, el alma humana puede ser sanada y santificada ante Dios, quien quiere que sus hijos sean santos como Él es santo, y se debe luchar por la santidad y tratar de crecer en estado de gracia. Se necesita de la ayuda divina para cumplir ese propósito y llevar una vida que se nutre de la fuente de gracia, en su madre la Iglesia.

Dios llama al hombre a vivir en santidad, pero también ofrece una fuente para alcanzarla: la gracia de Dios. “Esto debería entusiasmar y alentar a cada uno para darlo todo, para crecer hacia ese proyecto único e irrepetible que Dios ha querido para él desde toda la eternidad: «Antes de formarte en el vientre, te elegí; antes de que salieras del seno materno, te consagré» (Jr 1, 5)” (Gaudete et Exultate, 13). Ante la búsqueda de Dios por el hombre para santificarlo, la mejor de las posibles respuestas que este puede tener es la de estar seguros de que vale la pena vivir la relación del amor, pues todo acto de amor requiere esfuerzo y si Dios ya ha puesto la mayor cuota, al hombre solo le queda poner el restante y para eso se cuenta con la gracia de Dios que también se encuentra en los sacramentos, la oración, la palabra de Dios, etc.

Buscar la santidad es un acto de la voluntad del creyente que implica un proceso de transformación interior que lleva a una reconfiguración según la imagen de Cristo y la voluntad de Dios. En este sentido, buscar la santidad identifica al hombre con la santidad de la Iglesia, ya que la Iglesia es la comunidad de los santos que comparten este mismo

propósito de buscar la santidad. La santidad convierte en testigos del amor de Dios a los hombres que no se guardan nada para sí mismos. Si se quiere ser santo, se está buscando la identificación con la esencia misma de la Iglesia y por lo tanto se está respondiendo a ese llamado y participando activamente en su vida mística, a través de sus sacramentos que comparten la vida íntima y de amor con Dios. “Jesús explicó con toda sencillez qué es ser santos, y lo hizo cuando nos dejó las bienaventuranzas” (Gaudete et Exultate, 63). La ejecución de estas es posible para quien se encuentra tan unido con Dios que no puede dejar de verlo en los demás y todo lo hace por amor a Él en los demás.

Se debe aspirar a ser santos para unirse con Dios, porque la santidad es la condición necesaria para estar en la presencia de Dios y para participar de su vida divina que solo se cumplirá plenamente en el cielo. Así, la santidad será la perfección de la imagen de Dios en el hombre y el estado en el que el alma estará libre del pecado y de las tendencias hacia el mal. La santidad es el objetivo final de la vida cristiana. Esta perfección a la que se refiere Jesús no se refiere a una perfección moral absoluta, sino a conocer a Dios más profundamente y vivir en su presencia en este mundo y en la eternidad, convirtiéndose en verdaderos hijos de Dios que experimentan la felicidad y la plenitud que solo Dios puede dar en su presencia aquí en la tierra y en la eternidad. “Los fieles laicos han de considerar la vocación a la santidad, antes que como una obligación exigente e irrenunciable, como un signo luminoso del infinito amor del Padre que les ha regenerado a su vida de santidad” (Christifideles Laici, 17.2). Sin embargo, este llamado implica comprender el cristianismo como un camino de encuentro con la divinidad y no como un conjunto de prácticas y reglas por cumplir, carentes del contenido que las formula, ya que se estaría cayendo en una forma de moralismo como tantos otros en los que solo busca el cumplimiento más que el amor. Se estaría perdiendo la alegría de conocer y estrechar amistad o unidad con Dios mismo. Cabe

mencionar aquello que preguntaba san Bernardo a los candidatos al entrar al monasterio: “Amigo, ¿a qué viniste?” (San Bernardo de Claraval, Sermón 61). Esta pregunta debe permanecer en el corazón del creyente de manera constante en la vida que cada uno lleve para tener presente que estamos en la tierra para cumplir la voluntad de Dios: que seamos santos.

Gracias a distintas iniciativas desarrolladas dentro de la Iglesia católica, el llamado universal a la santidad es un tema que se ha estado difundiendo con mayor ahínco en las últimas décadas. Actualmente, es más recurrente escuchar en las parroquias diversas predicaciones sobre este tema. San Francisco de Sales es uno de los primeros en la modernidad que aborda el problema de cómo los seculares pueden aspirar a una vida de perfección, aconsejando muchas prácticas propias aparentemente del clero o de la vida religiosa, pero en ese momento intentando adaptarlas a las realidades de la vida secular. Sin embargo, el gran impulsor de esta realidad: santificarse en medio de las circunstancias de la vida cotidiana, ha sido San Josemaría y su mensaje del Opus Dei. Esto sentó de alguna manera la discusión que se abrirá durante el siglo XX, en la que participan diversos autores. Luego del Concilio Vaticano II, se ha insistido en esta idea, como en la Exhortación Apostólica *Christifideles Laici* de Juan Pablo II y *Gaudete et Exultate* de Francisco, quienes ratifican la orden de la perfección y la santidad a todos los cristianos y no solo a aquellos que se apartan del mundo, como solía pensarse. “Esta consigna no es una simple exhortación moral, sino una insuprimible exigencia del misterio de la Iglesia” (*Christifideles Laici*, 16.2).

En este marco general de los fieles que buscan la santidad, tiene un papel de gran resonancia la llamada lucha ascética en búsqueda de la vivencia de las virtudes humanas y sobrenaturales. Entiéndase lucha ascética como el ejercicio permanente del cristiano por

vencer al hombre viejo del pecado, para que viva el hombre nuevo por la gracia de Dios, para que pueda identificarse con Cristo, quien es modelo de perfección y santidad. De este modo, muchos cristianos laicos buscan vivir diariamente una vida consistente o coherente con su fe, se alimentan de los medios sobrenaturales de santificación (Sacramentos, oración y dirección espiritual) pero también ponen los medios humanos eficaces para ese proceso y tienen una actitud de lucha por adquirir las virtudes humanas y sobrenaturales que los identifican con Cristo. “Todos estamos llamados a ser santos viviendo con amor y ofreciendo el propio testimonio en las ocupaciones de cada día, allí donde cada uno se encuentra”. (Gaudete et Exultate, 14). Son muchos los santos que hacen presente que la santidad solo la adquieren los que oran, los que llevan una vida interior activa, vivificada por el amor, sostenida por los Sacramentos, y los que practican una vida de oración y caridad.

En resumen, el ser humano busca la perfección, para luego evidenciar que dicha búsqueda, en la vida cristiana, se llama santidad, cuando en libertad y por amor a Dios, se emprende un camino que lo reconfiguran con los mismos sentimientos de Cristo por las virtudes. Cabe resaltar que dicha búsqueda se hace movidos por el amor y que la sola lucha ascética no basta, la lucha por las virtudes dominada por la fuerza de voluntad o deseo de autogobierno, por lo mismo, hace falta un desasimiento, un entregar la voluntad a la acción de Dios para que solo Él actúe y así se de paso a la unión íntima, a la vida mística.

### **El desasimiento de sí mismo en el progreso de la vida interior**

En este momento, se requiere aclarar que se entiende por desasimiento. Hay varios conceptos que resultan sinónimos y que para la discusión conviene que sean usados con el mismo sentido: aquella acción y efecto de desasir o desasirse (Real Academia Española, 2022), que se refiere a desprender, separar, desligar o desunir (WordReference.com, 2023). Entre ellos se encuentra renuncia, desapego, abnegación (Lacueva, 2001, p. 19), despojo, desligamiento, renuncia de sí mismo, configuración con Dios, entre otros.

Se pretende hacer una aproximación a entender que la vivencia de una actitud de abandono en Dios puede ser un paso determinante para progresar en la vida interior y quizás adentrarse en la vida mística entendida como la conciencia de una unión amorosa entre Dios y el hombre, donde este último pone todo lo que tiene de sí (cabe diferenciarla de la llamada experiencia mística extraordinaria).

“Los sacramentos, sobre todo el bautismo y la eucaristía, son el comienzo real de la unión del cristiano con Dios. Sobre este fundamento, por una especial gracia del Espíritu, quien ora puede ser llamado a aquel particular tipo de unión con Dios que, en el ámbito cristiano, viene calificado como mística” (Ratzinger, 1989, párr. 22).

O bien,

“Esta unión se llama “mística”, porque participa del misterio de Cristo mediante los sacramentos —“los santos misterios”— y, en Él, del misterio de la Santísima Trinidad. Dios nos llama a todos a esta unión íntima con Él, aunque las gracias especiales o los signos extraordinarios de esta vida mística sean concedidos solamente a algunos para manifestar así el don gratuito hecho a todos” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 1997, párr. 2014).



En otras palabras, el fiel comprometido en su lucha ascética puede con una actitud de abandono de sí mismo en la voluntad de Dios corresponder o secundar el crecimiento o desarrollo en la vida contemplativa para luego pasar a la mística como parte de su llamada a la santidad. Se debe tener en cuenta que los hombres ponen los medios a su alcance (la lucha ascética), que Dios no solo quiere que todos se salven sino que sean perfectos (santos) y que el adentrarse en las vías de la mística solo puede ser por la gracia de Dios. “La gracia santificante, en cuanto participación en la vida divina, no puede aumentar por otro procedimiento que el de la libre decisión divina, que quiere <darse> más al alma si ésta corresponde a las gracias previas” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 1997, párr. 2010).

Para poder comprender cuando se suscita en el alma el deseo del desasimiento de sí mismo para estar atento y no dejar pasar esa invitación de Dios en el alma, es preciso mostrar muy brevemente cómo se organiza la vida interior en la llamada teología espiritual. Existen ciertos aspectos en común que varios autores explican sobre la descripción de la llamada vida interior o camino de perfección (Antonio Royo Marín, Santa Teresa de Ávila, San Juan de la Cruz, Reginal Garrigou-Lagrange, Adolf Tanquerey) y señalan varias etapas de crecimiento de acuerdo con lo que identifican con progreso espiritual. Es importante tener en cuenta que estas etapas no son lineales ni rígidas, y que cada persona puede experimentarlas de manera diferente. Además, la vida interior cristiana es un camino continuo de crecimiento y transformación, que nunca termina mientras se esté vivo. Aunque hay diferentes modelos y teorías sobre las etapas de la vida interior cristiana, a continuación, se describen las tres etapas principales de la vida interior cristiana (Royo-Marín, 1954), (Garrigou-Lagrange, 1988b), (Tanquerey & García Hughes, 1930):

- La purificación, purgación o de los principiantes (primeras a terceras moradas de santa Teresa): en esta etapa, el individuo toma conciencia de sus pecados y limitaciones, y se

esfuerzo por purificar su alma de todo lo que lo aleja de Dios. Para ello, se somete a la disciplina y la penitencia, aprendiendo a renunciar a sus deseos egoístas y a entregarse a la voluntad de Dios.

- La iluminación o proficiencia (cuarta y quintas moradas de santa Teresa): Una vez que el individuo ha purificado su alma, se abre a la luz divina y comienza a ver con mayor claridad la verdad espiritual. En esta etapa, aprende a reconocer la presencia de Dios en todas las cosas y a amarle con un amor más profundo y sincero. Se pasa por la purificación pasiva de los sentidos y la purificación espiritual o también llamada la noche oscura del alma.
- La unión, transformación o perfección (sextas y séptimas moradas de santa Teresa): el creyente se siente cada vez más unido a Dios, experimentando una comunión profunda y mística con Él. Aprende a escuchar la voz de Dios en su interior y a vivir según su voluntad, encontrando la paz y la felicidad en su presencia. En la etapa final, el individuo se transforma completamente en Cristo, convirtiéndose en un instrumento de su amor y de su voluntad. Aprende a vivir en el mundo sin ser del mundo, transmitiendo la luz y el amor de Dios a todos los que le rodean.

La lucha ascética o de búsqueda de las virtudes comienza en el primer estadio y se consolida en el segundo, el desasimiento surge en el segundo por la purificación que Dios hace en el alma al dejarle experimentar su ausencia, mientras que la llamada vida contemplativa y mística están asociadas con el tercero. Se suele afirmar que la vida mística está asociada con la vida de los santos, pues son ellos quienes han experimentado la unión o transformación con Dios. Esto no quiere decir que ellos no hayan vivido una vida de virtudes o que no sigan manteniendo una lucha ascética. Se da por sentado que la vida mística no sería posible vivirla si no se ha adelantado debidamente en esas virtudes solo

que su lucha no estaría centrada en las virtudes sino en la búsqueda de identificarse con Dios de manera plena en donde todo sin Él todo “nos resulta insípido. Llega un momento, en el que nos es imposible distinguir dónde acaba la oración y dónde comienza el trabajo, porque nuestro trabajo es también oración, contemplación, vida mística verdadera de unión con Dios” (Belda, 1998, sec. 3.12).

Cabe hacer una particular distinción en la idea que San Josemaría tiene acerca de la llamada lucha ascética:

“¿Ascética? ¿mística? No me preocupa, sea lo que fuere, ascética o mística, ¿qué importa?: es merced de Dios. Entiende el combate cristiano como lucha de hijos de Dios que, por amor suyo, buscan la identificación con Cristo, y comprende que la santidad en la vida presente se encuentra ya en la misma lucha. Cuando habla de <lucha ascética>, la expresión está penetrada por el espíritu de filiación divina. Es <lucha de un hijo de Dios>, lucha de quien se sabe <otro Cristo, el mismo Cristo>, no una fase previa a la identificación del cristiano con Cristo. La misma lucha es ya <lugar> de unión con Dios en Cristo” (Burkhart & López, 2014, p. 301).

Para San Josemaría, la lucha en su sentido amplio es el proceso mismo de configuración con Cristo y se extiende por todos los estadios de la vida interior (Burkhart & López, 2014). Es fácil caer en la equivocada percepción de entender la lucha ascética en términos de San Josemaría como un voluntarismo, pues se cree que la virtud se alcanza por la sola fuerza de la voluntad en contra de los afectos que nos dirigen hacia ciertos bienes. Debe aclararse entonces que el esfuerzo o la llamada lucha ascética por la cual se alcanzan las virtudes requiere un profunda “formación de la afectividad, y no el hábito de oponerse sistemáticamente a ella” (Diéguez, 2018, p. 25), pues la idea es tener los mismos sentimientos de Cristo, el deseo del bien y gozarse en ese bien que es Dios mismo y

mantener una lucha ascética vista desde la perspectiva de la filiación que reconoce la insuficiencia del propio esfuerzo y entiende que la victoria es un don mas que el resultado del propio esfuerzo.

Vale la pena tener en cuenta que no todas las almas adelantadas pasan a vivir el último estadio espiritual o no queda evidencia sencilla de ello sino por sus escritos que se van tornando cada vez más oscuros en la descripción pero mucho más profundos en el sentido espiritual. Pero algo que es evidente es que todos los que han logrado entrar en el estadio de la unidad con Dios han vivido la actitud de desasimiento de sí mismo con cierta intensidad. Así lo comentan, al respecto de las ideas del Maestro Eckhart:

“He investigado con seriedad y perfecto empeño cuál es la virtud suprema y óptima por la que el hombre es capaz de vincularse y acercarse lo más posible a Dios [...], y no encuentro sino que el puro desasimiento supera todas las cosas, pues todas las virtudes implican alguna atención a las criaturas, en tanto que el desasimiento se halla libre de todas las criaturas, [...] y no es susceptible de nada que no sea Dios”  
(González-Bernal et al., 2018, p. 580).

Es preciso entonces tener una especie de segunda conversión para vivir decididamente la vía iluminativa de los aprovechados y que san Juan de la Cruz identifica como la purificación pasiva de los sentidos, para luego pasar a la experiencia de la noche oscura, es una experiencia de ausencia de Dios, donde se purifica la intención en esa búsqueda de Dios: querer a Dios mismo y no la gracia que da o la Salvación que se encuentra en Él. Renunciar a los efectos de Dios para unirse a Él y en ese sentido desprenderse de la sensación agradable que implica la unión con Él para no buscar esa sensación, sino a Dios. En esa noche Dios siempre está presente, aunque no se sienta, está oculto. Y pasada la noche oscura se tiene la unión mística tratada en La Llama de Amor

Viva donde el alma y la voluntad solo encuentran tranquilidad en Dios mismo y así iniciar la llamada vida unitiva. Con la actitud de desasimiento, sino es posible garantizar, sí hacer un contrapeso muy fuerte a dejar de buscarse a sí mismo en las cosas espirituales. Se debe comprender entonces que se debe aceptar todo lo que provenga de Dios, de modo que Él mismo empiece a ir tras el alma y el alma a buscar a Dios con un vivo anhelo de Dios y de perfección, con una total renuncia de sí mismo (Garrigou-Lagrange, 1988a). En este sentido, la oración (sin dejar de lado todos los anteriores medios ya mencionados) es el principal medio a través del cual el alma puede reconocerse necesitada de Dios.

La oración del que mantiene una actitud de desasimiento se desarrolla entre la negación del yo y la afirmación de Dios, pues Él adquiere mayor protagonismo en el proceso mismo de existir dado que Dios se constituye en la esencia del ser mismo, Dios es en nosotros, así es lo que muchos santos y místicos describen. Es como un morir a sí mismo para que otros vean a Dios en el alma del que ora y actúa. El amor que acompaña el desasimiento crea una fuerza unitiva por la que dos, Dios y el hombre, se hacen uno. Por esto mismo, la oración se convierte en bálsamo para el que busca a Dios, pues se disfrutan los encuentros con Dios, se disfruta de Dios por el amor que contempla y une. Dios está más y más en el alma, mientras más el hombre está en su amor, mientras más se esté abierto a su amor. Con el amor filial ya no se necesitan las palabras, el entendimiento se aquieta y las palabras resultan pobres. Es posible entrar en sintonía con el corazón de Cristo pues más intensa es la caridad mientras más profunda es la contemplación.

Después de haber comprendido que todos los cristianos están llamados a identificarse con Dios, es decir, a ser santos y de que se hayan visto las características de la idea del desasimiento de sí mismo para progresar en la vida interior, conviene evidenciar su

comprensión y aplicación a través del vínculo con cada una de las tres personas divinas pues la vida espiritual es una vida en relación con Dios que es personal.

“El corazón necesita, entonces, distinguir y adorar a cada una de las personas divinas. De algún modo, es un descubrimiento, el que realiza el alma en la vida sobrenatural, como los de una criatura que va abriendo los ojos a la existencia. Y se entretiene amorosamente con el Padre y con el Hijo y con el Espíritu Santo” (San Josemaría, Amigos de Dios, 306).

De esta manera, se plantea una aplicación concreta para vivir el desasimiento de sí mismo para aquellos que no han sido llamados a la vida consagrada o sacerdotal sino para los laicos en general, que en medio de su vida ordinaria pueden tener un carácter contemplativo y por ende adelantar en su vida interior. El himno de las laudes del miércoles santo (Farnés Scherer et al., 1998) recoge los anhelos con los que se comienza este recorrido para vivir el desasimiento:

Himno

En tus manos, Señor, pongo mi vida  
con todas sus angustias y dolores;  
que en ti florezcan frescos mis amores  
y que halle apoyo en ti mi fe caída.

Quiero ser como cera derretida  
que modelen tus dedos creadores;  
y morar para siempre sin temores  
de tu costado en la sangrienta herida.

Vivir tu muerte y tus dolores grandes,  
disfrutar tus delicias verdaderas  
y seguir el camino por donde andes.

Dame, Señor, huir de mis quimeras,  
dame, Señor, que quiera lo que mandes  
para poder querer lo que tú quieras. Amén.

### **El desasimiento de sí mismo como oportunidad para recuperar el valor de la existencia en la relación con el Padre celestial**

Una de las implicaciones que se pueden desprender de la acción creadora es que Dios ama todo lo que crea. Por esta razón, Dios no abandona al hombre, sino que lo busca a lo largo de la historia y de los pueblos para retornar al estado de amor original. Dios anhela unirse a su criatura. Sin embargo, el creador no la obliga ni la doblega, “Dios le inspira, respetando la iniciativa de cada uno” (Granados, 2020, p. 310).

Pero por mucho amor que le tenga al ser humano, siempre cuenta con su libertad para abrir su corazón. Dios guía al hombre también con su providencia. Es así como actúa, a través de la creación entera para gritarle al hombre que le busca. En ocasiones, se vale del mismo hombre para hablarle a su creación. A pesar de esto, para algunos “creer en la providencia se equiparó con atribuir a Dios todo el movimiento ordenado del mundo, sin contar con las operaciones de sus criaturas” (Granados, 2020, p. 291), por esto, se requiere del acto de la voluntad que acoge Su invitación.

Dios quiere compartir-Se y por eso crea. La respuesta a dicha invitación debe ser el amor a Dios. La criatura se debe al amor creador y por eso se mantiene o debe permanecer en relación con el creador, “el mundo se debe a la *relación* con el creador amante” (Kehl, 2009, p. 54). El acto creador de Dios sobre el hombre surge por puro amor, el ser humano puede entonces reconocerse amado frente a Dios quien es fundamento de su existencia, el ser humano está llamado a cooperar activamente con el plan providente de Dios mediante el amor libre.

Quizás podría hacerlo todo Él, darle todo lo necesario para que el hombre Le encontrara, pero esto cuestionaría hasta qué punto es Dios el que actúa en cada uno, ¿es el



hombre el que realmente Le busca? La historia de la Salvación también evidencia que Dios piensa en la historia de salvación de cada ser humano en particular.

El hombre no debe esperar a la muerte sino que desde la oración puede entregarse diariamente a la realidad de su vida de manera confiada en el amor de su Padre. Sin nada que llame suyo, reconociéndose pobre para asumir la pobreza, sin fama que nadie le otorga para asumir la humillación. Y va más allá, con un desasimiento de sí mismo que le permite entregarse sin una vida propia sino dependiente de Dios para poder reconocerse ante la muerte, quedándose con lo único primordial propio del ser humano: ser criatura de Dios y más que criatura, hijo.

La pobreza se constituye en el acto de saberse confiado en que todo lo que rodea al ser humano son invitaciones de la providencia para encontrarse con Él, pero que no le pertenecen, no son suyas, no lo constituyen. La pobreza es la desnudez con la que el hombre fue creado pues no necesitaba de nada más sino solo de Dios. El desasimiento es el caminar de la mano de Dios por el jardín de la creación pues con Él se encuentra la plenitud. En Getsemaní se ve que el hombre mismo puede cooperar en la restauración de la obra creadora de Dios si asume los mismos sentimientos de Cristo.

Otra implicación de la acción creadora se refiere a la dependencia entre las criaturas y Dios mismo. Dios pone en el corazón del hombre su deseo de dependencia de la divinidad para que sea aceptada y vivida en el amor y el desasimiento. “La creación, por su parte, responde a la intención de su creador en la medida en que asume su condición de criatura con la respuesta de un amor agradecido” (Kehl, 2009, p. 52). Qué más le queda al hombre sino caer rendido ante el amor, sino el entregarse a la fuente creadora, darse a quien se da, mantenerse en comunión con quien les une a los demás seres humanos. Esta es la actitud de Cristo, por la que el hombre se puede sumergir en el reconocimiento del Padre.

“¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros y no me conoces, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre. ¿Cómo dices tú: 'Muéstranos al Padre'?” (Biblia de Jerusalén. Edición Española, 2009, Jn 14: 9).

El hombre debe reconocerse como amado por Dios. ¡Qué grandioso regalo, el mayor de todos, saberse reconocido y amado por el creador! “Dios tiene intención de mí, [...] vivo de esa mirada” (Guardini, 1956, p. 8), de lo contrario el hombre perecería, sería nada inexistente. La actitud de desasimiento de sí mismo, es la fuerza cooperadora para adentrarse en la dimensión contemplativa de la acción creadora de Dios que se mantiene en la historia del hombre. “Cuanto con mayor riqueza, viva Dios en mí, cuanto más poderosamente actúe su voluntad en mí, más viva y libremente llegó a ser yo mismo” (Guardini, 1956, p. 9).

Debemos ponernos frente a Dios mediante el acto de desasimiento de sí. Es posible estar nuevamente delante de Dios y querer tener un deseo ardiente de estar sometido y aferrado a Él. Esa es la libertad de los hijos de Dios que se adquiere por la salvación que Jesucristo le ha ganado al hombre, por la que se puede clamar y decir: ¡Abba, Padre! Ya no se quiere nada, se tiene todo, se tiene a Dios, aunque en realidad es Él quien “tiene” y sostiene al hombre y así se coopera con la providencia que busca al hombre.

La actitud de dependencia y desasimiento en Dios debe ser la propia de un hijo, no solo la de una criatura. Este nuevo reconocimiento lleva al hombre a alzar los ojos para reconocerle como Padre y por ende se retorna de ser criatura, a ser hijo de Dios. No se trata solo de reconocerse como ser existente, se trata de saberse amado como hijo por Dios mismo. Dios ama a cada hombre como a un hijo (porque nos podemos unir a Jesús, su único Hijo).

Ahora, dar este salto a la filiación divina, al desasimiento de sí para asirse solo de Dios, requiere un acto de libertad plena como la que se había dado al hombre en el principio. La libertad tiene lugar en la decisión pero ¿puedo ser realmente, si Él es? ¿puedo ser libre si su sombra pende de mí? Evidentemente, el acto creador de Dios capacitaba al hombre para poder discernir lo que lo mantendría unido a Dios, pero cae en el deseo de no tener que depender de Dios sino de sí mismo. La libertad se ejercita optando, tomando algo y soltando otro, por eso debía hacerlo “en un signo, el árbol del conocimiento, donde debía manifestar si lo quería hacer en verdad y obediencia” (Guardini, 1956, p. 5). La promesa de la creación, ¡Vida eterna!, se hace realidad por la acción de Dios en el hombre que se entrega libremente. Jesús es la puerta de dicha libertad, el hombre perfecto, el cordero que se entrega en plena libertad.

### **El desasimiento de Jesús como puerta a la eternidad para el hombre**

Con el deseo de poder adquirir dominio sobre su propia existencia el hombre ha buscado mantener o salvaguardar su autonomía, su capacidad para elegir, sin interferencias ajenas, sin un “otro” que “le diga qué hacer”. El problema con esta decisión es que deja excluido a quien el hombre está referido esencial u ontológicamente, a ese “otro”, al que no es como “yo”: Dios. “Adán se hizo una falsa idea de Dios, se equivocó de modelo. Creyó que Dios era un ser independiente, autónomo, suficiente y, para hacerse como Él, se rebeló y desobedeció” (Ratzinger, 1968, p. 103). Dicha exclusión olvida que el ser humano es un ser -con- y -para- los demás, es decir, no podría darse un pleno o verdadero desarrollo de sí mismo si no existiera un otro, con quién interactuar y para quien se ejecutan los propios actos. Esto no significa que el hombre sea exclusivamente dependiente de los demás, pero evidentemente sí co-dependiente de los otros seres humanos en su propia dimensión de interacción. De igual modo sucede en una dimensión más amplia y espiritual. Quizás esto es la fuente del pecado del hombre, el deseo de dominarse a sí mismo, olvidándose de ser criatura dependiente de su creador. El hombre busca afirmarse y distanciarse de una falsa opresión por parte de su creador, y ser en sí mismo y no en los demás. “El deseo del hombre de “ser como Dios”, su anhelo de autarquía por el que quiere permanecer en sí mismo, son su muerte, porque él no permanece” (Ratzinger, 1968, p. 119).

A través de la acción en la que el hombre busca depender más de su creador, renunciando a su deseo de autonomía, más completa será en su existencia pues de Dios mana la fuente de la existencia. ““Es bueno que tú, creación, existas” con la que se adquiere una dependencia -ontológica- permanente” (Kehl, 2009, p. 49). Es posible vencer dicha tendencia al pecado mediante el deseo de unirse al que se entrega por amor al hombre mismo, a Dios. “Le adoramos cuando destruimos la ficción de que somos autónomos,

contrincantes suyos, cuando en verdad sólo en Él y de Él podemos ser. El sacrificio cristiano consiste en dejar que Dios obre en nosotros” (Ratzinger, 1968, p. 111).

Ahora bien, Dios pone en el corazón del hombre el deseo de trascender, de alcanzar nuevamente lo eterno, de la perfección, de la santidad, de verse nuevamente cara a cara con Él; eso es la oración.

Lastimosamente, no siempre en la oración o en el servicio a los demás, la mirada del hombre deja de caer en la tendencia de auto-referenciarse. Cabe recordar la oración del fariseo en el templo que busca la justificación de sí mismo por sus actos (Biblia de Jerusalén, 2007, Lc 18, 9-14) o, como lo que sucede en muchas ocasiones a través del servicio: la búsqueda del reconocimiento y afirmación de sí mismo. Es por esto por lo que la oración como herramienta de unión con Cristo debe estar referida explícitamente a Él. Este movimiento de la conciencia y de la voluntad del que ora lleva a un desasimiento de sí mismo, sin embargo, al ser una criatura dependiente, el hombre buscará aferrarse a algo que le otorga algún tipo de seguridad y es en este momento donde debe buscar aferrarse a Dios, desasirse de sí para asirse a Dios, para aferrarse o unirse a Dios. “Tal intimidad no significa exclusivismo, sino que, por el contrario, está ordenada a introducir a los demás en esa intimidad con Dios” (Ratzinger, 1968, p. 83). Para poder aferrarse a Dios es preciso tener ese desasimiento, ese olvido de sí mismo como el que tuvo Jesucristo. Nuevamente, Él es el modelo del desasimiento de sí mismo para la unión con Dios. Él es quien se entrega verdaderamente no sólo externamente, a manos de quien lo crucifica, sino que se entrega verdaderamente en manos de Su Padre. De igual modo, el hombre, al buscar unirse a Jesucristo y dejar de mirarse a sí mismo se convierte en un ser PARA los demás. “Con esto, “aceptar ser cristiano” supone no girar ya en torno a sí mismo, en torno al propio yo, sino

que está subordinada a la idea de que el hombre deja atrás la cerrazón y la tranquilidad de su yo” (Ratzinger, 1968, p. 97).

Este desasimiento puede reconfigurar el alma para que quede unida con Jesucristo y, de ese modo se sea más plenamente hombre, “en la persona de Jesucristo se revela cómo es Dios y también cómo es el hombre” (Lorda, 2013, p. 139). El movimiento del alma hacia la reconfiguración con Cristo no se da ni se puede dar por el propio esfuerzo, todo es gracia; es decir, la lucha por unirse a Dios no se alcanza por vencer el yo a través del mero esfuerzo personal, sino por la gracia que proviene de Dios que desea santificar al hombre y hacerlo a su imagen santa. Así reza la Iglesia a este respecto: “Despierta tu poder, Señor, y ven a socorrernos con tu fuerza, para que la gracia de tu bondad apresure la salvación que retrasan nuestros pecados” (Misal Romano, Oración colecta, jueves I semana de adviento). En Jesucristo, que se entrega a la voluntad del Padre se ve un despojarse del yo, una negación de sí mismo para afirmar la voluntad del Padre. “Quien se pone a disposición de Dios, desaparece con Él en la nube del olvido y de la insignificancia para tomar parte en su gloria” (Ratzinger, 1968, p. 106). Ésta es la *cooperante disposición con la gracia de Dios* que el hombre debe tener y con la que entra en sintonía con el corazón de Cristo, permaneciendo en Él, actuando concorde (con un solo corazón) con Cristo. De este modo se hace hermano de Cristo e hijo del Padre que cumple también Su voluntad al hacerse uno con Su hijo. “El hombre es totalmente él cuando deja de estar en sí, cuando deja de encerrarse en sí mismo y de afirmarse, cuando es pura apertura a Dios. Con otras palabras, el hombre llega a sí mismo cuando se supera” (Ratzinger, 1968, p. 88).

Asirse a Dios significa poner la mirada en Él y no en sí mismo; éste es el camino que Cristo marca, ser para los demás. El desasimiento de sí mismo que en Cristo es su acción salvadora, en el hombre es la identificación con Cristo, en otras palabras, es “la

vocación de ser “para” en la que el hombre deja de agarrarse a sí mismo y se atreve a dar el salto en el infinito por el cual volverá en sí” (Ratzinger, 1968, p. 87). En virtud de esto, la tarea del hombre debe ser entonces quitar o despojarse de su yo por amor a Él pues dicho amor es la fuerza unitiva que hace de dos uno (Cristo y el hombre), de modo que se pueda decir como San Josemaría: “Señor, quita la soberbia de mi vida; quebranta mi amor propio, este querer afirmarme yo e imponerme a los demás. Haz que el fundamento de mi personalidad sea la identificación contigo” (En la Epifanía del Señor, n. 31).

**Desasimiento en el Espíritu Santo, Don que nos da identidad y nos lleva a la  
misericordia del Padre**

El Espíritu lleva a la donación de la persona entendida como un desasimiento de sí mismo, pues enseña a identificarse con Jesucristo inmerso en el amor misericordioso del Padre y quien evidencia su acción salvadora por los hombres en el amor.

Comprender la donación de la persona o el desasimiento de sí mismo puede ser entendido como un acto de inmersión en la búsqueda por la identidad originaria, la que proviene de Dios, y así poder conocerle para luego amarle por sí mismo y no por sus manifestaciones. En ese movimiento se devela un acto de optimización de la persona, de crecimiento personal. Existe la debilidad de asociar que dicha optimización se debe comenzar por las manifestaciones del hombre y no directamente por el ser mismo de la persona. En las manos del mismo hombre está la capacidad para ser de algún modo, un mejor ser, un ser cuasi perfecto pues permanece en constante identificación con el Ser perfecto que es Dios. “El hombre sondea en su interior, hacia adentro, quién es su creador y dónde está su destino, o cuál es su verdad más profunda; de acuerdo con lo cual persigue la aceptación divina de su realidad personal” (García González, 2008, p. 9). El amor es el vínculo de identidad sobre lo que se ha mantenido un proceso de búsqueda y de encuentro.

Ahora bien, en ese movimiento de búsqueda para amar la perfección es preciso contar con la docilidad a las inspiraciones del Espíritu Santo. Esto significa estar abierto a Su influencia y permitir que Su voluntad guíe la vida. Cuando se conoce la verdad del Espíritu Santo, es Dios quien conduce las acciones, quien dirige. En la carta a los Romanos (Cap. 8) se ve cómo el Espíritu Santo consuela a los creyentes en sus aflicciones pues son hijos de Dios. Dicho consuelo no debe ser entendido solo frente a la aflicción sino además frente a la búsqueda de identidad con Dios.



En la narración de Efesios 4, se comprende que el Espíritu Santo concede a la Iglesia la unidad propia de un cuerpo, y como miembros del cuerpo de Cristo, es decir como quienes se encuentran inmersos en la identidad de hijos del Padre, reconociendo a Jesucristo como su cabeza se logra dicha unidad.

Esta es la dimensión en la cual se fortalece o desarrolla un crecimiento en las virtudes, por los hábitos que están mediados por la acción del Espíritu quien acompaña el valor de la vida trascendental o perfección mediante una estrecha relación con Él, la escucha de Su voz y la aceptación de Su dirección, la comprensión más profunda del amor divino de manera que ayuda a responder a los desafíos y a las necesidades que se viven. Dicha docilidad y oración debe ser vista “como el alimento de nuestra vida teologal. Es decir, de nuestra relación con Dios” (Congar, 2003, p. 113).

En muchas ocasiones, la relación entre docilidad y entrega llega hasta pedir que se acoja el dolor como fuente de crecimiento y de amor. Éste es el telón de fondo de las obras de misericordia, pues el Espíritu ayuda a crecer como discípulos que aprenden de su maestro, alentando a seguir replicando las obras de misericordia del Señor y vivir una vida de servicio que participa en su vida nueva y en su misión en el mundo. Ya nos lo recuerda San Josemaría cuando dice: “No olvides que el dolor es la piedra de toque del Amor” (Camino, 439). La entrega de Jesús en Getsemaní y el dolor acogido en la cruz, encarnan el dolor del hombre, son la suplica al Padre, donde se encuentra la fuente de misericordia de la que todos pueden beber. El momento de mayor apertura a la divinidad sucede en la aceptación y entrega del dolor donde se puede ver la misericordia de Dios.

Este movimiento del alma de recibir de Dios y que luego se puede donar a los hombres, exige un acto de total confianza en saberse hijos muy amados del Padre que a pesar de lo grave de su pecado siempre perdona y va en busca del hombre. Pues “nadie

tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos” (Biblia de Jerusalén. Edición Española, 2009, Jn 15, 13), pero Jesús no solo ha dado su vida por sus amigos sino que “dado que sois hijos, Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo” (*Biblia de Jerusalén. Edición Española, 2009, Ga 4, 6*). Este Espíritu es que le posibilita al hombre identificarse con Jesús.

El acto de desasimiento de sí mismo en el que actúa el Espíritu y por el que se encuentra la verdadera identidad, genera un verdadero acto de amor que en la persona humana se ve reflejado como un acto de entrega y donación amorosa que dota de identidad. La acción del Espíritu en el hombre lo perfecciona, lo dota de vida y sentido pues es el mismo Espíritu quien actúa. Así, cada acción adquiere una perspectiva nueva en el contexto más grande de la obra de Dios en el mundo.

“Hemos de entender que al incorporarnos Dios -por la revelación y por la gracia de la justificación- a su Vida, está dándonos la Trinidad una participación en lo que constituye esa Vida que son las relaciones personales de Amor, Contemplación, Complacencia. Una Unidad en el Amor: a eso nos llama y eso nos da.” (Aranda, 1984, p. 721).

El Espíritu Santo mueve a la acción (Hechos 2): el Espíritu Santo movió a los discípulos de Jesús para predicar el Evangelio a todo el mundo. Según *Lumen Gentium*, párr. 31, los cristianos, especialmente los laicos, “están llamados por Dios, para que, desempeñando su propia profesión guiados por el espíritu evangélico, contribuyan a la santificación del mundo como desde dentro, a modo de fermento”. Cuando el hombre empieza a reconocer en las demás personas el Ser originario, es decir, reconozcan a Dios mismo en los otros, será una evidencia de la acción del Espíritu en el ser del hombre.

Mientras tanto, serán solo medios de complementación o satisfacción de las áreas de desarrollo de la esencia humana.

Especial atención también requiere la comprensión y respeto por las disposiciones de los demás para acoger esa búsqueda de perfeccionamiento y de identidad con la verdad, en Dios y con Dios. Al establecer un intento de “querer formar a otros” según las propias disposiciones, se puede estar generando una invasión en la otra persona, en su ser. No se estará participando en el ser del otro, sino que se puede estar queriendo imponer el ser personal en el otro sin contar con su acción libre para buscar la perfección y la verdad. Este diálogo entraña un compromiso por parte de todos, “para buscar la verdad y una disposición para la conversión, siempre en libertad; todo ello, para colaborar con la acción del mismo Espíritu” (Pellitero, 2023, p. 118). Se debe contar con algo que el mismo Jesús advirtió: “porque separados de mi nada podéis hacer” (*Biblia de Jerusalén. Edición Española*, 2009, Jn 15, 5), es decir, que todo el esfuerzo que el hombre pueda poner en este aspecto será fruto directo del Espíritu Santo que le permite poder decir como el mismo Jesús: “¡Abbá, Padre!, todo es posible para ti” (*Biblia de Jerusalén. Edición Española*, 2009, Mc 14, 36).

Este estilo de vida, llenos del Espíritu de Dios para darlo en actos concretos, desasidos de sí mismos, será una manera práctica en la que cada cristiano, en la que la Iglesia en particular encarnada en cada persona estará haciendo visible al Padre celestial que es rico en misericordia. Pero, cabe recordar nuevamente, que no es posible por sí mismo, sino será abundancia de lo que haya en el corazón del hombre, que mantiene su corazón unido al Señor. Se puede concluir entonces diciendo que por la acción del Espíritu Santo el corazón del hombre se une a Jesús, y en Él, se une al Padre y se hace partícipe de Su amor misericordioso que se lleva a los demás donde también se le reconoce.

### **Conclusión**

A manera de conclusión, cabe recordar que la búsqueda de la santidad es un camino que requiere de un deseo libre de unirse con Dios y de un reconocimiento de la propia limitación. De igual modo, la acción creadora de Dios tiene múltiples implicaciones en la búsqueda de la santidad, incluyendo que Dios pone una finalidad en todas las cosas que crea y que la finalidad última del ser humano es Dios. A su vez, el desasimiento y la oración son herramientas fundamentales en la búsqueda de la santidad, y la gracia de Dios es esencial para alcanzarla. Cabe tener en cuenta que la aceptación y entrega del dolor a imagen de Jesucristo es un aspecto clave de la entrega de sí mismo y una forma de experimentar la misericordia de Dios. Por último, la acción del Espíritu Santo es fundamental en la búsqueda de la santidad, ya que nos ayuda a identificarnos con Jesucristo y a unirnos a Dios a través del amor y la entrega.

### Referencias

- Aranda, A. (1984, abril). Misterio Trinitario, Misterio de amor. *Scripta Theologica*, 16(3), 699–745.
- Belda, M. (1998). Contemplativos en medio del mundo. *Romana-Opus Dei*, 27, 326–340. [https://romana.org/es/27/estudio/contemplativos-en-medio-del-mundo-de-manuel-belda/#\\_ftnref54](https://romana.org/es/27/estudio/contemplativos-en-medio-del-mundo-de-manuel-belda/#_ftnref54)
- Biblia de Jerusalén*. (2007). Desclée De Brouwer.
- Biblia de Jerusalén. Edición Española* (4a ed.). (2009). Desclée De Brouwer.
- Burkhart, E., & López, J. (2014). *Vida cotidiana y santidad en las enseñanzas de san Josemaría I: Vol. I*. Procodes.
- Catecismo de la Iglesia Católica* (2a-8a–2018a eds.). (1997). Libreria Editrice Vaticana.
- Concilio Ecuménico Vaticano II. (1964). *Constitución dogmática sobre la Iglesia Lumen Gentium*. [https://www.vatican.va/archive/hist\\_councils/ii\\_vatican\\_council/documents/vat-ii\\_const\\_19641121\\_lumen-gentium\\_sp.html](https://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19641121_lumen-gentium_sp.html)
- Congar, Y. (2003). *Sobre el Espíritu Santo. Espíritu del hombre, Espíritu de Dios*. Ediciones Sígueme.
- Diéguez, J. (2018). Formación integral y afectividad. En *Para mí, vivir es Cristo. Coordinadas para una vida centrada en Jesucristo*. Oficina de información del Opus Dei. [www.opusdei.org](http://www.opusdei.org)
- Farnés Scherer, P., Conferencia Episcopal Argentina, Secretariado permanente del Episcopado colombiano, & Comisión Episcopal de Liturgia, M. y A. S. de M. (Eds.). (1998). *Liturgia de las horas para los fieles* (11a ed.). Editorial Obra nacional de la Buena Prensa.
- Francisco. (2018). *Gaudete et exultate: Exhortación Apostólica sobre la llamada a la santidad en el mundo contemporáneo*. [https://www.vatican.va/content/francesco/es/apost\\_exhortations/documents/papa-francesco\\_esortazione-ap\\_20180319\\_gaudete-et-exultate.html](https://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20180319_gaudete-et-exultate.html)
- Fundación Studium. (s/f). *Obras de San Josemaría Escrivá, fundador del Opus Dei*. [https://www.escrivaobras.org/book/amigos\\_de\\_dios-punto-306.htm](https://www.escrivaobras.org/book/amigos_de_dios-punto-306.htm). Recuperado el 17 de abril de 2023, de [https://www.escrivaobras.org/book/amigos\\_de\\_dios-punto-306.htm](https://www.escrivaobras.org/book/amigos_de_dios-punto-306.htm)
- García González, J. A. (2008). *La antropología trascendental de Leonardo Polo (las dualidades superiores de la persona humana)*. Revista de prepublicaciones del Instituto de Estudios Filosóficos. <http://www.leonardopolo.net/docs/MP18-A2.pdf>
- Garrigou-Lagrange, R. (1988a). *Las tres edades de la vida interior: Vol. I* (6a ed.). Palabra.
- Garrigou-Lagrange, R. (1988b). *Las tres edades de la vida interior: Vol. II* (5a ed.). Palabra.
- González-Bernal, E., Mafla-Terán, N., & Torres-Muñoz, J. S. (2018). La kénosis del “ser dejado” en el Maestro Eckhart. *Teología y Vida*, 59(4), 573–596.
- Granados, J. (2020). La modernidad y los sucedáneos de la providencia. En *Teología de la creación: de carne a gloria* (pp. 289–310). Didaskalos .
- Guardini, R. (1956, junio 1). Una interpretación de los tres primeros capítulos del Génesis. *Verdad y Orden I. Homilias universitarias*, 1–48.
- Juan Pablo II. (1988). *Exhortación Apostólica Post-Sinodal Christifideles Laici Sobre Vocación Y Misión De Los Laicos En La Iglesia Y En El Mundo*. Libreria Editrice

- Vaticana. [https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost\\_exhortations/documents/hf\\_jp-ii\\_exh\\_30121988\\_christifideles-laici.html](https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost_exhortations/documents/hf_jp-ii_exh_30121988_christifideles-laici.html)
- Kehl, M. (2009). Teología de la Creación. En *Contempló Dios toda su obra y estaba muy bien* (pp. 44–57). Herder.
- Lacueva, F. (2001). *Diccionario Teológico Ilustrado* (A. Roper, Ed.). Editorial CLIE.
- Lorda, J. L. (2013). *Antropología Teológica*. EUNSA.
- Pellitero, R. (2023). *Teología Pastoral. La misión evangelizadora de la iglesia* (1a ed.). EUNSA.
- Ratzinger, J. (1968). *Introducción al cristianismo*.
- Ratzinger, J. (1989, octubre 15). *Carta a los obispos sobre la meditación cristiana*. Libreria Editrice Vaticana.  
[https://www.vatican.va/roman\\_curia/congregations/cfaith/documents/rc\\_con\\_cfaith\\_doc\\_19891015\\_meditazione-cristiana\\_sp.html#%C2%ABYo\\_soy\\_el\\_camino%C2%BB](https://www.vatican.va/roman_curia/congregations/cfaith/documents/rc_con_cfaith_doc_19891015_meditazione-cristiana_sp.html#%C2%ABYo_soy_el_camino%C2%BB)
- Real Academia Española. (2022). *Diccionario de la lengua española*.  
<https://dle.rae.es/desasimiento#>
- Royo-Marín, A. (1954). *Teología de la perfección cristiana*. Biblioteca de Autores Cristianos.
- San Bernardo de Claraval. (s/f). *Sermón 61: El retorno del hijo pródigo*. Recuperado el 16 de abril de 2023, de [http://www.documentacatholicaomnia.eu/04z/z\\_1090-1153\\_Bernardus\\_Claraevallensis\\_\\_PL\\_183\\_Sermo\\_LXI\\_Adventus\\_Domini\\_\\_MLT.pdf.html](http://www.documentacatholicaomnia.eu/04z/z_1090-1153_Bernardus_Claraevallensis__PL_183_Sermo_LXI_Adventus_Domini__MLT.pdf.html)
- Tanquerey, A., & García Hughes, D. (1930). *Teología ascética y mística* (6a ed.). Desclée & Co.
- WordReference.com. (2023). *Sinónimos y antónimos*.  
<https://www.wordreference.com/sinonimos/desasimiento>